

Entre el comparatismo y el latinoamericanismo: debates en torno a una posible historia de la literatura latinoamericana

Facundo Gómez

Universidad de Buenos Aires
gomezefacundo@gmail.com

Recibido: 6 de mayo 2021 / Aprobado: 24 de junio 2021

Resumen

Hacia 1982, se celebra en Caracas, Venezuela, una reunión de expertos dedicada a pensar el diseño de una nueva historia de la literatura latinoamericana desde la perspectiva del comparatismo. Bajo el auspicio de la Asociación Internacional de Literatura Comparada (AILC) y la coordinación de Ana Pizarro, figuras claves de la crítica latinoamericana debaten en torno a los temas, problemas y métodos involucrados en el proyecto. Las intervenciones, compiladas en *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*, se hallan atravesadas por las tensiones entre la metodología comparatista clásica y un discurso crítico latinoamericano más atento a los problemas culturales de la región. Los intercambios en torno al plurilingüismo o a la inclusión de las literaturas indígenas y las producciones orales dividen las posiciones y generan diversos diálogos. Entre ellos, se destaca la comunicación de Domingo Miliani, quien propone la necesidad de renovar las ideas críticas e historiográficas vigentes. Así, el estudio de la reunión permite identificar cuestiones y debates centrales para la crítica literaria latinoamericana a principios de la década de 1980, así como también, reconstruir un hito en la reflexión historiográfica y comparatista sobre nuestras letras.

Palabras clave: literatura latinoamericana, Ana Pizarro, historiografía literaria, literaturas comparadas, crítica latinoamericana.

Abstract

In 1982, an expert meeting is held in Caracas, Venezuela, in order to think a design for a new history of Latin American Literature from a comparative perspective. Supported by International Comparative Literature Association (ICLA), and under Ana Pizarro's coordination, major figures of Latin American criticism debate about subjects, questions and methods involved in the project. Their contributions, compiled in *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*, are affected by conflicts between a classical comparatist methodology and a Latin American critical discourse that is more concerned with cultural issues of the region. Exchanges regarding multilingualism or the inclusion of indigenous literature and works of oral tradition cause a division among specialists, encouraging several debates between them. From these, Domingo Miliani's lecture stands out because he proposes an essential renovation of current ideas of literature criticism and historiography. Thus, analyzing this gathering allows us not only to identify main discussions and matters of Latin American literary criticism in the early 1980s, but also to recreate a milestone in the historiographic and comparative reflection of our letters.

Keywords: latin american Literature, Ana Pizarro, literary historiography, Comparatism, comparative literature, latin american criticism.

En 2022 se cumplen cuarenta años del encuentro de Caracas, un evento que reunió a destacados especialistas en torno al diseño de una nueva historia de la literatura latinoamericana. Al año siguiente, el diálogo colectivo prosiguió en Campinas, donde los expertos volvieron a ser convocados para terminar de delinear los ejes del proyecto. Las principales ponencias e intervenciones de ambos encuentros fueron compiladas como libros en *Hacia una historia de la literatura latinoamericana* y *La literatura latinoamericana como proceso*, dos obras claves en el devenir de nuestro discurso crítico. Este trabajo toma como objeto de análisis y reflexión la primera obra, dedicada a las reuniones de Caracas en 1982, por entender que se trata de un relevante testimonio acerca de cómo las ideas sobre lo latinoamericano y los contrapuntos sobre historiografía y comparatismo atraviesan la empresa desde sus pasos iniciales.

Bajo el liderazgo de la intelectual chilena Ana Pizarro, hacia fines de la década de 1970 se bosqueja la idea de producir un volumen latinoamericano que integre la colección *Historia comparada de las literaturas en lenguas europeas*, un proyecto de la Asociación Internacional de Literatura Comparada (AICL), iniciado décadas atrás, que, para ese entonces, contaba ya con varios tomos. El camino de la iniciativa es errático e ilustra dificultades propias de la vida intelectual en la región. A pesar de las complicaciones, se logran celebrar dos encuentros. El primero se organiza en Venezuela, hacia 1982, y el segundo en Brasil, al año siguiente. En ellos participan críticos de la talla de Antonio Candido, Antonio Cornejo Polar, Ángel Rama, Rafael Gutiérrez Girardot, Roberto Schwarz, Jean Franco, Jacques Leenhardt, Domingo Miliani, Carlos Pacheco, Hugo Achugar y Beatriz González, entre otros.

El objetivo inicial de Pizarro es avanzar con el diseño de una historia de la literatura latinoamericana desde la perspectiva del comparatismo, que pueda sumarse como tomo a la colección europea original, según las particularidades y demandas del método de referencia. Pronto, su idea se topa con cuestiones propias del estudio de la literatura latinoamericana, tales como la definición del objeto de estudio, el modo de integrar las literaturas nacionales, el trabajo de periodización y cronología, el uso de conceptos y metodologías, la inclusión de las literaturas indígenas y la atención por el plurilingüismo.

Llevada adelante en medio de un notable proceso de reformulación de la crítica literaria latinoamericana, que ha sido definido por Roxana Patiño como «un nuevo proyecto crítico» (2006) y cuyo eje Cornejo Polar encuentra en «la reivindicación de la heteróclita pluralidad que definiría a la sociedad y cultura nuestras» (2003, p. 6), la iniciativa de Pizarro se hace cargo de la necesidad de reevaluar la historia de la literatura latinoamericana bajo prismas renovados, en un momento histórico en el cual el posestructuralismo y los estudios culturales avanzan con la puesta en crisis de las tradiciones letradas y las certezas disciplinarias. Así, el análisis de lo discutido en los encuentros representa una oportunidad para revisar posiciones, límites y debates claves para entender un proceso de reformulación que continúa hasta el presente.

Se trata, a todas miras, de un trabajo de investigación que excede las posibilidades del presente texto, que puede ser pensado como un primer acercamiento al tema. Por lo tanto, se opta aquí por un recorte del objeto de estudio, que hace foco en la reunión de Caracas, ya que se da allí un contrapunto entre la crítica latinoamericanista y los enfoques comparatistas metropolitanos que iluminan tanto el proceso de revisión del propio discurso crítico como el rumbo posterior del proyecto. El artículo se organiza en tres apartados centrales: el primero reconstruye el desarrollo de la iniciativa, a partir del testimonio de la propia Ana Pizarro; el segundo recupera el encuentro de Caracas y reseña diálogos claves de *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*; el tercero analiza una intervención clave, la de Domingo Miliani, así como también el informe final.

El objetivo principal del trabajo es pensar estos textos y discursos como una suerte de instantánea del conjunto de posturas y apuestas de un sector de la crítica latinoamericana hacia principios de la década de 1980 ante un doble desafío: historizar nuestras letras respetando su heterogeneidad constituyente y apropiarse de la perspectiva comparatista sin perder de vista inquietudes propias.

Un proyecto en construcción

Según lo ha contado Ana Pizarro, en una entrevista realizada por Claudio Maíz (2013), la idea de pensar una historia de la literatura latinoamericana desde la perspectiva comparatista nace en sus años de exilio en París, tras su partida de Chile ante el golpe de Estado de 1973. Sus lecturas sobre la literatura mapuche la llevan a repensar la noción de literatura latinoamericana, en pos de borrar las fronteras dadas por la tradición, el canon y los géneros. Y es este mismo gesto crítico el que deriva en la tentativa de concebir una nueva historia para las letras regionales que tenga en cuenta los últimos cambios teóricos, culturales e ideológicos. Gracias al apoyo de su jefe en la Sorbonne, Pizarro se contacta con la Asociación Internacional de Literatura Comparada (AILC) y se suma a la institución, al seno de la cual urde, con el crítico Jacques Leenhardt, un borrador del proyecto historiográfico. Hacia 1980, la intelectual se desplaza a Caracas, donde retoma su idea. Desde la Universidad Simón Bolívar y con el apoyo de la AILC, tiende diversas redes con especialistas latinoamericanos y extranjeros para empezar a concretar sus planes. Viajes, reuniones, entrevistas, correspondencias hilvanan una aventura que nace transnacional en una época sin internet, telecomunicaciones digitales ni redes sociales, hoy omnipresentes.

Dos nombres son claves para entender el devenir del proyecto: Antonio Candido y Ángel Rama. Según el testimonio de Pizarro, gracias a la intercesión de Roberto Schwartz, un viejo conocido suyo, el primero la recibe en San Pablo en 1980 y la apoya con entusiasmo. El crítico brasileño incluso toma nota de las incipientes tensiones surgidas entre Pizarro y la AILC, que se muestra reticente ante los primeros borradores del proyecto, y decide acompañarla en la organización y concepción

del plan. Justamente, esta tirantez con la institución es la que justifica en parte la incorporación del otro agente fundamental, Ángel Rama. Pizarro recuerda: «Yo estaba en la Asociación Internacional. Y sentí que en la Asociación sabían del nombre de Rama, entonces, con Jacques fuimos y contactamos a Rama que ya sabía del proyecto. Yo necesitaba ese respaldo porque sola no tenía credibilidad, ¿no? No era nadie» (Maíz, 2013, p. 174). Pero no solo es el prestigio del crítico lo que explica la convocatoria, sino también su formación y dedicación por décadas al estudio de la literatura latinoamericana, un campo que lo tiene por entonces como uno de sus más destacados especialistas.

El relato se enriquece con la perspectiva del propio Rama acerca del asunto. En efecto, el uruguayo mantiene un diálogo con la AILC desde 1973, cuando participa, junto con Candido, del VIII Congreso de la institución, celebrado en Montreal y Ottawa. Según se puede revisar en su epistolario personal,¹ mientras se desempeña como docente e investigador en Estados Unidos, hacia 1980, Rama recibe una carta de Henry Remak, de la Universidad de Indiana, especialista en literaturas comparadas y promotor del método comparativo. Con fecha del 25 de marzo de 1980, el norteamericano saluda a su colega y lo invita a una reunión en Chapel Hill, North Carolina, para discutir una propuesta elevada por Ana Pizarro y sus colaboradores de la Universidad Simón Bolívar: la inclusión de una «historia de la literatura latinoamericana» en la publicación internacional que por entonces desarrolla la institución, la *Historia comparada de las literaturas en lenguas europeas*, en la cual Remak se desempeña como presidente del Comité de Coordinación. El profesor explica que la AILC estipula un consejo asesor para cada área de la investigación y remarca su interés por consolidar un grupo de expertos que pueda orientar este trabajo específico, por lo que le ofrece a Rama la posibilidad de integrarse a ese comité para desempeñarse como revisor y asesor en su puesta en marcha.

No contamos con la respuesta del uruguayo hacia Remak, pero se puede reconstruir qué fue lo que ocurrió gracias a otra carta, escrita por Ángel Rama un mes después, en la que se explora acerca del tema. Dirigida a Antonio Candido y datada el 25 de abril de 1980 en Washington, la comunicación explica que Rama no logra asistir al encuentro de Chapel Hill por diversos problemas de salud (Candido y Rama, 2016, p. 131). A la vez, confirma que el crítico ha sido designado «miembro del Buró de la Asociación» y que, a través de ella, ha llegado a sus manos la propuesta de Ana Pizarro. El balance de Rama sobre este esbozo inicial es negativo. En primer

1 El archivo personal de Ángel Rama se encuentra en Montevideo, bajo el cuidado de su hija Amparo, a quien agradezco la posibilidad de explorar los papeles del crítico. A lo largo de la investigación para mi tesis de doctorado *—Por una crítica latinoamericanista: la praxis intelectual de Ángel Rama*, defendida y aprobada hacia 2020 en la Universidad de Buenos Aires—, he visitado el acervo varias veces. Se reúnen allí documentos valiosísimos para entender no solo el trabajo de Rama, sino todo un período de la crítica literaria, la literatura y la historia intelectual latinoamericana. Como otros archivos privados y públicos similares, las joyas bibliográficas que guarda todavía esperan estudios y abordajes que indaguen y sistematicen sus aportes para la comprensión de nuestra historia y cultura.

lugar, debido a que se encuentra enfocado sobre la literatura hispanoamericana; las letras brasileñas son apenas incorporadas como un mero agregado, mediante una operación forzada que revela un insuficiente conocimiento de su relevancia. Otra cuestión que se torna problemática ante su mirada es la marginación de las literaturas coloniales e indígenas, desplazadas en la periodización y la organización de los temas, en contraposición a la jerarquización de fenómenos literarios propios del siglo xx, como la novela de la revolución mexicana.

La crítica al plan original se complementa con una propuesta concreta dirigida a Candido: analizar y revisar entre ambos el borrador caraqueño; formular una nueva versión que supere sus limitaciones e incorpore a Brasil al esquema; postularse a sí mismos como impulsores de una historia de la literatura alternativa, constituida plenamente a partir de los problemas y las características específicas de las letras, el pensamiento y la crítica del subcontinente.

Con estos datos, se puede entender mejor por qué Pizarro cuenta que, al ser interpelado para conseguir su apoyo, el intelectual uruguayo ya estaba al tanto de la iniciativa. También es posible identificar otro elemento central para pensar los debates de las reuniones preparatorias: el sentido estratégico que Rama, secundado por Candido, le otorga al proyecto. Para él, no se trata solamente de una oportunidad para actualizar la visión historiográfica de nuestras letras, sino de una intervención cultural tendiente a construir un discurso crítico latinoamericanista, es decir, una interpretación de lo literario basada en los problemas y particularidades de las sociedades y culturas locales y llevada adelante por intelectuales con plena conciencia integradora.

Vale aclarar que esta idea de integración se apoya en la praxis que Rama viene ejerciendo y militando desde 1959. Desde su punto de vista, la integración implica estrechar lazos entre los países al sur del río Bravo para fortalecer la posición geopolítica de la región ante los embates de la globalización capitalista. Pero, sobre todo, la integración supone religar los esfuerzos de los intelectuales en pos de robustecer la identidad cultural del subcontinente y construir un discurso crítico en común que dé cuenta del pasado y el presente de la creación latinoamericana. Tal posicionamiento, que anuda sus ideas sobre América Latina, los deberes de los intelectuales y el sentido de la literatura y la crítica, se encuentra expresada en una célebre frase suya, escrita hacia 1983: «Ocurre que si la crítica no construye las obras, sí construye la literatura, entendida como un corpus orgánico en que se expresa una cultura, una nación, el pueblo de un continente, pues la misma América Latina sigue siendo un proyecto intelectual vanguardista que espera su realización concreta» (Rama, 2008, p. 24).

Como veremos, esta orientación latinoamericanista confronta con el paradigma más clásico con el que la AILC viene diseñando los tomos de su *Historia comparada de las literaturas en lenguas europeas*. El debate se expresa de manera distinta en las dos reuniones: estalla en una serie de discusiones en el encuentro de Caracas, mientras

la opción latinoamericanista se impone como eje de la propuesta de Campinas. Los materiales centrales de ambos eventos son compilados por la propia Ana Pizarro hacia la década de 1980 en los ya mencionados *Hacia una historia de la literatura latinoamericana* (1987) y *La literatura latinoamericana como proceso* (1985).

Sobre los libros, Claudio Maíz ha sentenciado que pueden ser leídos «verdaderos marcos teóricos y metodológicos de los tres volúmenes posteriores» (2013, p. 170), en referencia a los tomos de *América Latina: palabra, literatura e cultura*, la colección de ensayos dirigida por Ana Pizarro hacia la década de 1990 que, de alguna manera, de forma tardía y parcial, responde a las inquietudes iniciales. Es que luego de los promisorios encuentros latinoamericanos, el proyecto sufre varios impactos. Hacia noviembre de 1983, Rama muere en un accidente de aviación, por lo que la empresa pierde a uno de sus más entusiastas organizadores. Luego, las discusiones con la AILC se profundizan al punto de que Pizarro se decide por el alejamiento de la institución. Desde entonces el proyecto avanza de forma separada de la colección europea y ya sin ataduras con respecto a las orientaciones metropolitanas acerca de cómo ejercer el comparatismo. En este sentido, la intelectual señala que los mayores reparos orbitaban a torno a la firme convicción por parte de los latinoamericanos de incluir en la historia a las literaturas indígenas.

Los avatares de la empresa continúan: una vez convocados los expertos, la escritura de los capítulos demanda más tiempo de lo esperado. Finalmente, el problema más grave deriva de la falta de financiación, un obstáculo que se supera años después con el apoyo del Memorial de América Latina, una institución cultural brasileña. Entre 1993 y 1995 salen publicados los tres tomos de *América Latina: palabra, literatura e cultura*, que abarcan desde el período colonial hasta el siglo xx y que dialogan con las posiciones desarrolladas en los encuentros de Caracas y Campinas.

No obstante, resulta problemático afirmar que los dos libros que compilan las intervenciones suponen un «marco teórico» de esos volúmenes. La razón principal, y fuente de algunos equívocos sobre lo discutido en 1982 y 1983, es que lo hablado en esos eventos dista mucho de una conceptualización rigurosa, coherente y orgánica. Entre una y otra reunión hay cambios considerables que impiden hablar de una fundamentación teórica en común. Y aún más: al seno de cada compilación se torna evidente la diferencia de perspectivas críticas, fuentes teóricas, definiciones disciplinares. Esta heterogeneidad es propia de la etapa preparatoria del proyecto, en la que se trazan los primeros acercamientos al objeto y se exhiben los disensos y matices de cada una de las perspectivas que buscan ser articuladas. Por eso, resulta más preciso leer *Hacia una historia de la literatura latinoamericana* y *La literatura latinoamericana como proceso* como conjuntos de ensayos historiográficos y testimonios de un anhelo en común: rediseñar la historia de las letras latinoamericanas bajo la luz de problemas y perspectivas contemporáneos.

La observación supone discutir con otras lecturas que también abordan estos textos como elaboraciones teóricas acabadas. Tal es el caso de la interpretación de

Françoise Perus (2019), quien considera que los volúmenes expresan las limitaciones y la frustración de un discurso crítico que no logra una reinención convincente de la historia de la literatura latinoamericana. Según su perspectiva, los encuentros organizados por Pizarro constituyen un ejemplo de confusión conceptual y debilidad argumentativa, ya que reemplazan el estudio de los textos por una caída complaciente en perspectivas metropolitanas exentas de rigor teórico. La autora resume así las limitaciones y aporías: «[el] proyecto nace de un encargo y de la proyección de concepciones *a priori*, provenientes del ámbito internacional y de los debates a menudo generales y abstractos en torno de la modernidad y la posmodernidad imperantes en dicho ámbito» (Perus, 2019, p. 98). Como Perus no se toma el tiempo de leer los libros, no detecta los matices y disensos de cada encuentro. Tampoco identifica, sobre todo en *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*, la puja entre una mirada atenta a los materiales y conflictos locales y la visión etnocéntrica del comparatismo metropolitano.

Los apartados a continuación buscan alejarse de este tipo de miradas totalizadoras, sesgadas y distantes de los textos en cuestión para focalizarse en las propuestas y debates específicos. Su examen demuestra de qué modo, en estos encuentros, la crítica literaria latinoamericana, lejos de operar por encargo o acatar agendas globales, se sumerge en la materialidad de sus creaciones literarias y en los dilemas de su propia tradición intelectual para tejer un nuevo relato sobre su cultura y sus letras.

Caracas: historia, comparatismo y polémica

Organizada por la AILC y la Universidad Simón Bolívar y auspiciada por la Unesco, la primera reunión preparatoria del proyecto se celebra en Caracas, del 26 al 29 de noviembre de 1982. Ana Pizarro coordina el evento, acompañada por una comisión asesora compuesta por Hugo Achugar, Carlos Pacheco y Beatriz González. Participan de las jornadas Rafael Gutiérrez Girardot, Mario Valdés, Beatriz Garza Cuarón, Jean Franco, Domingo Miliani, Kenneth Ramchand, Roberto Schwarz, Franco Merregalli y Jacques Leenhardt, además de Candido y Cornejo Polar. Ángel Rama no logra asistir por problemas con el Servicio de Inmigración de los Estados Unidos; su ausencia es sustancial para comprender los cambios de orientación del proyecto.

Como se ha dicho, las ponencias del evento han sido compiladas en *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*, una obra dividida en cinco capítulos; cada uno de ellos aborda las problemáticas centrales para la elaboración de la historia literaria planteada e incluye tanto las exposiciones de los especialistas como las discusiones posteriores que se dan entre los presentes. Este aspecto del libro es muy enriquecedor, porque ilustra con claridad el carácter dialógico del volumen y capta hasta qué punto ciertas definiciones trascendentales del campo se encuentran por ese entonces en pleno proceso de crisis y transformación. El primer capítulo, a cargo

de Ana Pizarro, abre los debates a partir de la «delimitación del área», es decir, la construcción del objeto de estudio. El segundo capítulo versa sobre los conceptos y metodologías propias de la literatura comparada; el tercero plantea diversos balances sobre la tradición historiográfica de la literatura latinoamericana; el cuarto se titula «Literatura nacional, regional, latinoamericana» y aborda las problemáticas de las áreas culturales y la mirada integradora; el último explora las relaciones entre la literatura y la historia política, social y cultural del subcontinente.

Una de las inflexiones más llamativas del volumen es la evidente tensión entre dos posiciones enfrentadas a lo largo del evento: por un lado, se hallan quienes se reivindican como especialistas en literaturas comparadas y se preocupan sobre todo por construir un corpus de textos en lenguas europeas sobre el cual se puedan tender operaciones de periodización y contraste. Por el otro, se encuentran aquellos que participan de las mesas con un interés más ideológico, que excede lo literario y apunta hacia la edificación de una historia que ordene una serie compleja de procesos literarios, sociales y políticos que confluyen en la conformación de una identidad latinoamericana.

El disenso se manifiesta enseguida en las primeras sesiones de las jornadas. Tras la intervención de Pizarro, quien evita dar definiciones tajantes y opta por instalar ciertas cuestiones imprescindibles para iniciar la reflexión sobre qué es, en efecto, la literatura latinoamericana. Así, la autora resalta la tardía inserción del Caribe a la región, la cuestión de los idiomas no latinos y la producción cultural de pueblos originarios y diversos sujetos migrantes. A pesar de citar al historiador de las ideas Arturo Ardao, intelectual uruguayo y ferviente latinoamericanista, para pensar nuestras letras como expresión cultural de una «comunidad histórico-cultural en pleno desarrollo» (Pizarro, 1987, p. 25), lo cierto es que su ponencia es escueta y apenas alcanza a abrir la discusión subsiguiente, en la cual Jean Franco crítica con firmeza el silenciamiento de la cuestión de género y la falta de atención sobre el rol de la mujer en el devenir de la literatura en el subcontinente. A continuación, Mario Valdés inquiere por qué, si la concepción de literatura latinoamericana debe integrar las creaciones en idiomas no latinos del Caribe, el proyecto excluye la producción norteamericana. Evidentemente, la revisión del objeto de estudio y las ansias por incluir en él nuevas textualidades abren preguntas metodológicas de difícil resolución.

Ante ellas, Franco Meregalli, reconocido hispanista y una figura central del comparatismo italiano, reacciona con las certidumbres de la disciplina: entroniza el criterio lingüístico como clave para conceptualizar el objeto de estudio, declara que temas tales como la geografía o lo nacional resultan elementos «extrínsecos» a lo literario y se manifiesta en contra de la misma noción de «literatura latinoamericana»: «Yo preferiría el término iberoamericano. En ese término se comprenden dos lenguas —el español y el portugués— y las demás zonas geográficas, el Caribe, donde no se habla español ni portugués, pueden formar objeto de la perspectiva comparatista» (Pizarro, 1987, p. 27). Es decir, el proyecto debería centrarse en comparar las literaturas escritas en

español y en portugués en la región y luego incorporar como posibilidad adicional distintos ejercicios de contrastación con textos escritos en otras lenguas.

Las respuestas no se hacen esperar: Domingo Miliani señala que instalar el axioma lingüístico implica caer en una regresión metodológica, que confunde la literatura con la grafemización del discurso. Esta operación, ligada a la tradición crítica más clásica, evidencia una serie de limitaciones para dar cuenta de la creación literaria latinoamericana y deriva en la marginación y el recorte brutal de importantes sectores de la producción estética regional. Miliani destaca algunos casos: la narrativa y la poesía orales, las escrituras chicanas (enunciadas en español desde Estados Unidos), los textos expresados en lenguas de fusión (como el creole haitiano o el *slang* trinitario) y, sobre todo, las literaturas indígenas. Todas ellas son expresiones que esquivan la idea de unidad de lengua y develan el etnocentrismo de pretender entender el desarrollo de las letras de la región como simple derivación de lenguas europeas. Además, su estudio exige un instrumental más atento a sus especificidades y un diálogo que se vuelve interdisciplinar en su anhelo de dar cuenta de fenómenos heteróclitos, pero relacionados histórica y culturalmente. De acuerdo con esto, Miliani apuesta a recuperar las ideas de Lotman y la escuela de Tartu y propone la idea de pensar el proyecto en el marco de una semántica general que se haga cargo de la cuestión de la heterogeneidad. Por lo tanto, la definición del concepto de literatura cambia y, en contraste con la afirmación categórica de Merigalli (la literatura como expresión escrita de una lengua), se reformula ante los materiales: «Es el postulado de ver la literatura como un texto abierto inserto en un contexto cultural que a su vez está ligado a un modo de producción ideológico, conceptual», señala el crítico venezolano (p. 28).

Este disenso inicial se acrecienta con la progresión del intercambio. Mario Valdés es el que primero extrema las diferencias, al entender que las tensiones se derivan del anhelo por un nuevo diseño para la historia de la literatura latinoamericana, que resulte superador ante los ensayos previos: «[...] la historia de la literatura que manejamos hoy en día es deficiente. Deficiente, porque responde a categorías completamente artificiales europeas, que no tienen nada que ver con la realidad en Hispanoamérica» (p. 30). Su declaración apunta al carácter político de lo epistemológico: copiar acríticamente conceptos y metodologías implica una operación de cuño colonial y un trabajo ortopédico de inserción y adecuación de las manifestaciones literarias locales a la conceptualización metropolitana, todavía hegemónica en cierto espectro de los estudios literarios por entonces.

Concluye esta primera discusión Roberto Schwarz, quien distingue dos nociones acerca del panorama en común que el proyecto busca bosquejar: una, entiende la unidad como autoafirmación, y otra, la concibe derivada de la mirada comparatista. Su intervención es poco clara, por lo que tanto su carácter asertivo como valorativo resulta opaco: no se entiende qué posiciones representa cada noción ni cuál es la opción más sólida y apropiada. No obstante, su insistencia en explicitar las motivaciones y puntos de partida que guían el proyecto resalta una

coexistencia conflictiva en él de dos posiciones generales ante la comprensión de la literatura latinoamericana y el comparatismo.

La polémica sigue y se recrudece en el capítulo siguiente, que recupera justamente la sesión dedicada a la «perspectiva comparatista», en la cual exponen Valdés y luego Meregalli. Tras la primera ponencia, el italiano vuelve sobre sus dichos e insiste con la centralidad de la lengua y la jerarquización del español y el portugués como idiomas de referencia: «El elemento fundamental y determinante es la lengua. Otras expresiones en otras lenguas, desde luego que hay que tomarlas en cuenta, pero ya como elemento comparatista» (1987, p. 48). Ante su apreciación, responden Domingo Miliani y Antonio Cornejo Polar, quienes consideran inconducente optar por la lengua como articulador de la historia y declara tajante: «Sobre todo porque si esto se asocia al hecho de privilegiar el español y el portugués, yo tendría la impresión [de] que estamos liquidando el proyecto» (p. 51).

Por otro lado, como es de esperar, la ponencia del propio Franco Meregalli —titulada de la misma manera que el capítulo, lo que hace entender que sus posiciones al respecto se piensan como un discurso orientador en lo que hace al comparatismo— se organiza como una exposición programática del método comparatista y como una postura que expresa la visión oficial europea ante la tentativa latinoamericana, tal como queda evidenciado cuando se refiere a los orígenes de la colección, en cuyo desarrollo se entrelaza el encuentro: «Fue poco más o menos en aquella época que *nuestra* Asociación Internacional de Literatura Comparada planeó su ambicioso proyecto de una *Histoire des littératures en langues européennes*» (Meregalli, 1987, p. 55, cursivas nuestras). Meregalli se explaya entonces en definiciones doctrinarias, como la del criterio lingüístico, la concepción del comparatismo (entendido a grandes rasgos como el estudio de las relaciones entre literaturas escritas en diferentes idiomas) y el esbozo de un modelo general para el capítulo latinoamericano de la colección que debería basarse en una comparación axial entre las letras brasileñas e hispanoamericanas, complementada con ensayos comparativos particulares que asocien esas dos tradiciones con otros textos en diversos idiomas. Sobresale en su argumentación la excusión tajante de la literatura indígena, de acuerdo con una observación categórica: «Ninguna de las grandes civilizaciones precolombinas, ni siquiera la maya, tenía “letras”, en el sentido de que no tenía alfabeto; tampoco tenía ideogramas con un claro valor lingüístico y utilizados para una producción literaria» (p. 61).

Recordemos que son palabras dichas hacia 1982, no en el siglo XIX. La reacción ante semejante enunciado, que pasa por alto la enorme tarea de recuperación de la literatura nativa de las últimas décadas, que ignora las reformulaciones de aquel canon tradicional y que niega las reivindicaciones de los propios sujetos originarios, su contemporaneidad y aporte sustancial al desarrollo de la literatura y el arte de la región, se traduce en una oleada de intervenciones críticas. Miliani, Achugar, Cornejo Polar, Candido responden a Meregalli con solidez, pero también con ma-

lestar, y le reprochan anacronismo, ignorancia, *belletrismo*, racismo, imperialismo. El brasileño, quizás el más diplomático en la entonación de sus reparos, realiza una declaración que es clave en todo el encuentro: la reivindicación de un latinoamericanismo que piensa la historia de la literatura como un ejercicio de integración y unidad entre las culturas. Pensar el proyecto desde coordenadas geopolíticas locales exige un desplazamiento ante los modelos comparatistas metropolitanos: «La perspectiva comparatista se modifica completamente con ese hecho y ya no está sujeta a cánones clásicos, ya no está sujeta a la rutina del comparatismo, porque nosotros estamos creando nuestras formas de comparación» (1987, p. 72). Para Candido, entonces, no se trata de adecuarse al modelo de la AILC, sino de ensayar una apropiación del método que permita avanzar en el estudio de creaciones hermanadas cultural e históricamente.

A lo largo de los siguientes capítulos, se puede rastrear que los críticos latinoamericanos tienen plena conciencia de que es necesario reformular el objeto de estudio y transformar la metodología para lograr una historia de la literatura que se haga cargo de una nueva mirada diacrónica sobre nuestras letras. Así, Gutiérrez Girardot y Miliani trazan un balance negativo acerca de la historiografía literaria latinoamericana; Cornejo Polar apuesta por la noción de heterogeneidad para desmontar la idea de las letras como mera expresión de un única identidad regional; Kenneth Ramchand defiende la integración plena de la literatura del Caribe al proyecto; Leenhardt y Candido iluminan sobre la relación entre historia y escritura y demandan que la cronología literaria dialogue permanentemente con los fenómenos históricos. No obstante, las propuestas individuales difieren tanto entre sí que ninguna alcanza a obtener un apoyo mayoritario que quede reflejado en el libro. Lejos de eso, lo que sobrevuela a lo largo de las secciones es la falta de consensos y definiciones acerca de la teoría y la metodología a emplear.

La ponencia de Domingo Miliani y el informe final: por una historia posible

La exposición de Meregalli no es la única que causa revuelo. Algo similar, aunque con distintas repercusiones, ocurre con la comunicación que Domingo Miliani presenta en la reunión. Su intervención prosigue a la de Rafael Gutiérrez Girardot, quien inicia la mesa de exposiciones sobre historiografía literaria latinoamericana y comparte con su colega un balance negativo de los ensayos realizados hasta entonces (1987, p. 80). El crítico colombiano plantea un panorama desolador, pues observa que las historias de la literatura no han hecho más que prolongar un enfoque romántico, que anuda las letras de cada país a un «espíritu nacional», tomando como modelo los trabajos historiográficos del español Marcelino Menéndez y Pelayo. Gutiérrez Girardot considera también los aportes del marxismo, entendido como un ejercicio crítico opuesto a los modelos históricos tradicionales. No obstante, el autor concluye en que la crítica marxista no ha desplegado hasta el momento un abordaje que pueda ir más allá de la

noción especular que liga los textos literarios a la lucha de clases. Por lo tanto, tales interpretaciones terminan por caer en un esquema mecánico, inspirado en una lectura reduccionista de Marx, que fuerza los sentidos y pierde de vista el fenómeno creador.

Miliani retoma la impugnación del especialista colombiano y expone un trabajo titulado «Historiografía literaria latinoamericana. Más allá del inventario y de la anécdota. La historia posible», al que describe inicialmente como una suerte de balance crítico sobre la bibliografía disponible. De esta manera, entabla una revisión de obras y autores que se inicia con la Independencia y que presta atención a la voluntad de autonomía cultural e identidad regional que los intelectuales latinoamericanos expresan desde el siglo XIX. En pocas páginas, el texto pasa desde las iniciales obras historiográficas de los románticos hasta la renovación de la teoría y los métodos disponibles hacia mediados del siglo XX. Miliani subraya algunos aportes de esta bibliografía para la comprensión actual del proceso literario latinoamericano. En general, destaca la labor de registro y ordenamiento de textos y autores fundadores, indispensable para interpretaciones más elaboradas. En particular, resalta algunos aportes que exceden el anecdotario intelectual o la deriva biográfica y que abren un abanico de posibilidades críticas, tales como: indagar en el contexto sociohistórico donde se producen los discursos, analizar formas y transformaciones de los géneros, reconstruir corrientes literarias, hacer dialogar las letras regionales con la creación europea o ensayar abordajes sociales del fenómeno literario, según ejemplifican las obras de Alejandro Losada o del mismo Antonio Candido.

Lo limitado de la ponderación contrasta con el elocuente señalamiento de límites, silencios y olvidos. En primer lugar, surge la cuestión de la lengua. Miliani señala que incluso aquellos trabajos más lúcidos preceden a una operación de recorte y marginación de fuentes y materiales fundamentada en la lengua. El autor señala que el panorama historiográfico disponible «excluye, con criterio elitista, las literaturas de otras lenguas habladas en el continente, o asume [una] postura discriminatoria frente a las literaturas indígenas por no estar grafemizadas en una escritura latina» (Miliani, 1987, p. 106). La observación es oportuna porque indica la preocupación de un sector de la crítica literaria latinoamericana por hacerse cargo tanto de la heterogeneidad cultural y de los conflictos sociales que expresa como del desafío epistemológico que plantea, en vistas a la elaboración de la historia. Miliani distingue otros elementos que se presentan como obstáculos para la visión renovada de las letras que se buscan producir, a saber: la selección basada en principios estéticos calcados de las historias de la literatura europea, que deja afuera textos y escritores que no se logran ubicar bien en movimientos consagrados; la valoración heterodoxa de las obras, muchas veces implícita, que apela a elementos disímiles (de la biografía a la corrección idiomática) para interpretar las escrituras; la expansión de la noción de literatura, que termina por incorporar toda la producción letrada de la época, perdiendo de vista así el abordaje estético de los textos literarios; la limitación metodológica, que extrapola en bloque los métodos de los estudios europeos o que confunde conceptos y teorías para armar la cronología; la

deriva contenidista, que organiza panoramas en torno a cómo las letras representan determinada temática, generalmente exótica para la mirada europea, como la novela de los ríos, la sierra, la pampa o las narrativas del petróleo, el café, el hierro.

El estado de la cuestión desarrollado por Miliani es evidentemente negativo, cargado de insuficiencias y aporías. No obstante, en este punto crítico de su exposición, el autor despliega un anhelo utópico y un entusiasmo creador ante el desafío planteado: «Cien años después, ya adulta, la historiografía hispanoamericana se presenta como un reto y una tarea a cumplir», enuncia el venezolano (1987, p. 110), quien califica a este esfuerzo colectivo como la «historia posible», es decir, un proyecto que responda al interrogante de cómo escribir una nueva historia de la literatura latinoamericana «que se adecúe a nuestra mirada contemporánea» (p. 110). Como se puede percibir, destella en esta frase el mismo afán programático que atraviesa las posturas tanto de Antonio Candido y su reivindicación latinoamericanista, como las de Ángel Rama y su praxis integradora. Lo que sigue no es tanto el diseño concreto ni pormenorizado del proyecto de marras, sino una serie de elementos, hipótesis y conceptos que Miliani pondera como orientadores para una empresa concebida en tanto trabajo crítico, colectivo e interdisciplinario.

El crítico venezolano argumenta que una nueva historia de la literatura latinoamericana debería ser a la vez verbal y transverbal. Su carácter verbal supone ir más allá de la ciudad letrada e incluir discursos que trabajan con lo literario desde subjetividades y espacios que exceden el marco de lo culto y lo escrito, de modo tal de incluir creaciones orales y populares. Lo transverbal abreva en los avances de la semiología para desmontar el dispositivo lingüístico, incluir obras en diversas lenguas (europeas, mestizas, originarias y otras) y conceptualizar la literatura como producción de sentidos. El pasado colonial y la voluntad de liberación, según Miliani, acercan los procesos sociales y habilitan una historización de las analogías, los diálogos y los cruces interculturales.

La historia debería ser también una historia social, en tanto las contribuciones teóricas de Mijaíl Bajtín, Yuri Lotman y Boris Uspenski rompen con la querella entre inmanentismo y sociologismo y proponen una concepción de la literatura entendida como «un modo de producción ideológica de signos culturales verbales, cuya historicidad es recuperable en el sistema social heterogéneo de las culturas, con sus diferencias regionales o nacionales» (p. 11). Con esta apropiación de ideas y métodos de análisis, Miliani abre el campo hacia una perspectiva que parta de los materiales literarios y se alce como una indagación sobre la cultura y el desarrollo de las formas de acuerdo con los cambios y conflictos históricos. Sin renunciar al análisis de textos y discursos literarios, esta historia posible se aparta de sus precursores para incluir el conjunto de inquietudes sociales y culturales que empiezan a formar parte de la agenda crítica de la década de 1980, aunque sin romper estrepitosamente con la tradición literaria y la reflexión intelectual de la región.

Por último, Miliani agrega tres elementos, que son muy poco desarrollados, pero que iluminan la innovación y productividad de su enfoque ante las posiciones leídas a lo largo del libro. El primero es la apuesta por una «historia conceptual no ideologizadora», una investigación acerca de cómo la literatura, las artes y el pensamiento forjan conceptos, ideas y teorías propias para explicar y representarse a sí misma, lo que dinamiza el estudio de las letras al trazar cruces heterogéneos al seno de los procesos culturales. El segundo elemento es la posibilidad de articular una historia de la lectura, lo que supone un diálogo con las estéticas de la recepción, pero también una reformulación de los esquemas sociológicos más fosilizados que igualan mensaje literario con producto mercantil y lectura con consumo. Lejos de estas operaciones, la historia posible puede enriquecerse con la observación de cómo el proceso de lectura (y sus contextos y lógicas sociales, institucionales) modifica, condiciona y organiza también la cronología. El último elemento asciende como una prédica descolonizadora: Miliani habla de «una historia con derecho a la universalidad» para defender una visión de nuestras letras que se desprenda de los postulados etnocéntricos que tienden a ver en la literatura metropolitana un modelo y en la latinoamericana una copia empobrecida o, a lo sumo, «exótica». El autor finaliza su exposición con un llamado de hecho a la ruptura con «la concepción del universalismo metropolitano centrado en Europa» (p. 112), lo que entra en franco conflicto con el macroproyecto institucional en el cual la reunión se enmarca, la *Histoire des littératures en langues européennes*. Sus palabras finales matizan la audacia de la ponencia a través de un debido reconocimiento a las nuevas camadas de investigadores de la literatura latinoamericana, en quienes Miliani confía para llevar a cabo la «historia posible».

Las respuestas frente a sus propuestas no se hacen esperar. Llamativamente, Franco Merregalli participa poco de la discusión, apenas para criticar cierto trabajo con la identidad que él percibe en la comunicación de Miliani y en los debates posteriores. Ni él ni los demás presentes registran la contradicción insostenible entre el talante descolonizador de la ponencia y los principios de la institución que convoca al proyecto. Las interpelaciones vienen de parte de los expertos latinoamericanos, quienes dan muestras de asombro y desconcierto. Mario Valdés, por ejemplo, declara su preocupación ante la cuestión del trabajo interdisciplinario por entender que puede operar contra la organicidad de la historia (Pizarro, 1987, p. 112). Ana Pizarro, por su parte, celebra la apertura de la historia hacia fuentes no occidentales, pero determina la «imposibilidad» de adentrarse en esas otras literaturas. Aunque no enuncia ningún fundamento para sostener su postura, que omite la producción creciente de bibliografía e intervenciones sobre las literaturas y las culturas indígenas, su postulado es trascendente por el rol que ocupa en el proyecto. Así, sus palabras cierran en gran medida esta veta de la propuesta de Miliani, no sin lamentarse por las limitaciones, que se perciben aquí autoimpuestas.

Roberto Schwarz también se muestra reacio a la apertura de la historia porque opina que se trata de una operación realizada desde el campo intelectual sobre un

sector social que se desconoce. En su intervención, se percibe cierta reivindicación de un nosotros colectivo (blanco, académico, urbano, cosmopolita) que asciende como el sujeto social que diseña la historia de la literatura, enfrentado polémicamente con la inquietud cultural de Miliani, quien insta a una reinvención descolonizadora del proyecto. Apunta Schwarz: «Yo creo que el problema reside en afirmar que somos lo que no somos, lo que no somos socialmente» (p. 116), una frase que refuerza el determinismo sociológico, a la vez que acepta una división jerarquizadora acerca de quién protagoniza y escribe la historia y quién queda fuera de ella. La posición de Antonio Candido resulta más significativa, ya que presenta varios matices y se oscila entre el entusiasmo ante la tentativa de Miliani y las limitaciones por terminar de captar y aceptar sus sugerencias. Así, el crítico brasileño dice que no se esperaba este tipo de ideas, que rompen con la noción tradicional de literatura e historia en la cual él se ha formado y que constituyen una verdadera «revolución», de acuerdo con su perspectiva. Pero lejos de la encerrona intelectual de Schwarz, Candido acepta que el desconcierto suscitado por la apertura y reformulación epistemológica deriva de los aspectos de las coordenadas sociales, culturales e ideológicas en las que funda su propia figura y praxis intelectual, una configuración que es necesario transformar para avanzar en la elaboración de la historia posible. Exclama el crítico: «Entonces, es una posición elitista mía que tengo que superar, yo soy elitista por mi formación y mi clase» (p. 115). Se evidencia aquí la captación y celebración del desafío de Miliani, aunque el alborozo no alcanza para integrarlo como postulado central del proyecto. Retomando el juicio de Pizarro, Candido señala que el programa de su colega es el ideal, pero no el posible para el grupo de expertos que desarrolla la empresa. En conclusión, la «historia posible» de Miliani luce entonces como el resto de una aspiración utópica: lo que se debería hacer, pero no se puede; lo que se reconoce, pero no se transforma.

La incertidumbre sobre las definiciones y los métodos, la insatisfacción ante las perspectivas y resoluciones mentadas y la polémica entre las diversas orientaciones críticas quedan reflejadas en el informe final con el que cierra *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. En él se puede identificar con claridad cómo la tensión entre los principios del comparatismo metropolitano y el anhelo de reinvención conceptual de los intelectuales latinoamericanos queda sin resolver. La inestabilidad de los enunciados caracteriza entonces las jornadas de Caracas, en las cuales los problemas de la historia de la literatura latinoamericana en clave comparada son presentados e inquiridos, mas no resueltos.

El apartado final así lo demuestra: la mayor parte de las conclusiones revela una promisoriosa revisión de las maneras de pensar e historizar la literatura, cierta renovación de los vocabularios teóricos y una percepción más afinada de algunos tópicos claves para los estudios latinoamericanos, más abierta a las transformaciones epistemológicas y políticas que caracterizan al pensamiento crítico a lo largo de la década de 1980. Sin embargo, no solo no se alcanza a delimitar el objeto de estudio ni a

zanjar las disonancias entre las perspectivas comparativas clásicas y las formulaciones alternativas, sino que en varios casos se evidencia una insatisfacción respecto de las resoluciones tomadas. Por ejemplo, sobre la idea de ampliar el corpus en función de considerar creaciones por fuera del orbe letrado, Ana Pizarro refiere que se planteó la relevancia de estudiar las literaturas orales, populares y aquellas expresadas en lenguas originarias o no europeas, pero acota que hasta el momento no se habían registrado trabajos de investigación académica con conclusiones significativas sobre el tema. Por lo tanto, se decide mantener la jerarquización del sistema culto e incluir en la historia planeada solamente las más probadas intervenciones críticas que atestigüen la problemática. El recorte es elocuente: «Esta opción atendería al diseño de una historia de la literatura culta, escrita y en lenguas europeas, pero sin dejar de lado los avances específicos que se han logrado en el estudio de las literaturas populares e indígenas», concluye Pizarro (p. 189), demostrando así la falta de atención de los críticos ante la apabullante investigación sobre el tema que se viene desarrollando por esos años y que se enriquece con el proceso de agenciamiento político que desenvuelven por entonces las propias comunidades y organizaciones originarias. El gesto reproduce en cierto sentido la operación colonial del comparatismo representado por Meregalli e imprime un claro enfoque etnocéntrico al proyecto, que considera que lo literario es lo que pertenece al círculo letrado propio, blindando el objeto de estudio ante las creaciones populares, orales e indígenas.

Algo similar ocurre con respecto al enjuiciamiento de las historias literarias previas —que se consideran limitadas, restrictivas y, en general, carentes de rigor teórico y metodológico— y a la comprensión de que la literatura latinoamericana participa plenamente de la vida cultural y la historia social de los países de la región. Ambas observaciones obligan a una reformulación teórica radical y a un trabajo interdisciplinario que excede el campo de la literatura y se nutre de la colaboración de antropólogos, lingüistas, sociólogos. Pero esta tarea se postula como un desafío imposible de encarar en lo inmediato, por lo que se acepta de manera explícita el carácter provisorio y transitivo de la empresa: «Se consideró que un desarrollo integral de un proyecto de este tipo *constituiría propiamente la historia literaria del futuro* en América Latina», suscribe Pizarro (p. 192, cursivas propias).

Algo más de certidumbre alcanzan los apuntes sobre el método comparativo y sobre la concepción de literatura latinoamericana. En primer término, el encuentro de Caracas apuesta a la idea de una «comparatismo contrastivo» como principio metodológico, que relacione y distinga las diferentes literaturas nacionales entre sí y que se focalice en las apropiaciones estéticas y culturales que los textos formulan de los conceptos, problemas y lenguajes literarios gestados en Europa y el resto del mundo. Se deja de lado definitivamente la noción de «influencia» y se avanza sobre la posibilidad de estudiar formas de significación textual específicas, por fuera de los moldes europeos, en pleno diálogo con entornos históricos y sociales determinados. Sobre la idea de literatura latinoamericana, el encuentro termina por adoptar un principio

caro a la tradición latinoamericanista: en la región, las letras implican una práctica cultural y política que desde sus inicios se propuso contribuir a la edificación de las identidades nacionales, por lo que se considera que la literatura del subcontinente opera con una «doble referencia» p.194, una categoría aportada por Antonio Candido, que apunta a recuperar la función histórica de los textos y colocarla a la par de su configuración estética. Por lo tanto, se plantea una indagación focalizada en los sentidos sociales, culturales y políticos que las letras construyen y despliegan a lo largo de la historia latinoamericana.

Los acuerdos alcanzan para avanzar con una segunda reunión, que se celebra el año siguiente, en 1983, en Campinas. Uno de los grandes cambios entre un encuentro y otro es que en el evento brasileño se cuenta con la presencia de Ángel Rama, quien adopta un rol protagónico y refuerza el carácter latinoamericanista del proyecto. Esta operación, por lo tanto, cierra el debate con el comparatismo metropolitano y reformula el proyecto a partir del diálogo con múltiples problemas y cuestiones propias de la crítica latinoamericana. Algunos de los elementos de la «historia posible» de Miliani son retomados, aunque desde una perspectiva diferente que deriva, por ejemplo, en que la integración de las literaturas indígenas a la historiografía se haga desde un punto de vista etnocéntrico, más preocupado por la transculturación gestionada por los sectores letrados que por las creaciones de los sujetos indígenas, tal como lo ha señalado oportunamente Uruguay Cortazzo (1999).

Lecciones y finales abiertos

Las efemérides suelen ser ocasión de recuerdo y homenaje, pero también pueden funcionar como disparadores de la reflexión crítica. Hoy, a cuarenta años de las reuniones de Caracas, los espacios, la dinámica y los proyectos de los estudios literarios latinoamericanos han cambiado sobremanera. En tiempos de latinoamericanismo transnacional, cuando las agendas académicas se han vuelto globales y los masivos congresos de LASA (Latin American Studies Association) pautan temáticas y orientaciones hegemónicas para diversas áreas de investigación de las humanidades y las ciencias sociales, volver hacia estas reuniones implica recuperar esfuerzos y apuestas de la tradición crítica en común, ensayados desde perspectivas locales, con voluntad religadora. La operación de archivo supone indagar sobre un proyecto colectivo que también fue transnacional, pero que estuvo guiado por la inquietud de comprender la historia literaria a partir de nuestras propias coordenadas, problemáticas, discusiones.

La instantánea que se ha intentado describir y analizar involucra a nombres propios de la crítica literaria latinoamericana, lo cual nos habla de una instancia de integración muy dinámica entre camadas generacionales y formaciones académicas. Figuras consagradas desde mediados del siglo xx, como Antonio Candido y Ángel Rama, interactúan con colegas cuyos trabajos ya se destacan en el panorama regio-

nal, pero que serán todavía más relevantes en las décadas de 1980 y 1990, como Ana Pizarro, Antonio Cornejo Polar o Jean Franco. El diálogo también se traza entre especialistas con distintos objetos de estudio y disímiles metodologías de trabajo, quienes enuncian sus aportes desde diversas coordenadas geopolíticas, lo que le otorga al intercambio una amplia gama de matices y perspectivas.

La configuración coral del volumen, su talante colectivo, las preguntas abiertas sin resolver e incluso cierta belicosidad en los debates habla de un notable proceso de revisión y reinención del discurso crítico latinoamericano, en el que ni las certezas del pasado ni el prestigio de la teoría metropolitana alcanzan para bosquejar sin tensiones ni cuestionamientos el diseño de una nueva historia de la literatura. La actualización teórica, el reconocimiento de la heterogeneidad cultural, la apropiación de conceptos y metodologías, la recuperación crítica de la tradición historiográfica propia y la puesta en duda de la propia configuración letrada atentan contra la elaboración eficaz del proyecto, pero iluminan sobre los dilemas de un pensamiento en pleno proceso de transformación.

Estos condicionamientos también ofrecen la posibilidad de distinguir entre las diversas respuestas que el desafío le plantea a los expertos, quienes oscilan entre posiciones que van desde tentativas renovadoras como las de Miliani, hasta postulados conservadores y etnocéntricos como los de Meregalli. De esta manera, el debate entre latinoamericanismo y comparatismo y la fundamentación teórica de una historia de la literatura latinoamericana no son más que huellas en la construcción de un discurso crítico, que, hacia principios de 1980, busca nuevas formas de pensar recurrentes dilemas de nuestra tradición, como la cuestión de la literatura indígena, la integración de Brasil y el Caribe, el vínculo con los centros hegemónicos de poder o la propia situación de los intelectuales ante materiales y creaciones más allá de la ciudad letrada.

A modo de cierre, se pueden destacar dos lecciones entre las muchas que se desprenden de las reuniones de Caracas. La primera es la productividad de los proyectos intelectuales colectivos: la tentativa de Pizarro, con sus luces y sus sombras, enseña cuánto se puede enriquecer el pensamiento crítico a partir de un debate franco en torno a un objetivo común. A veces, la dinámica contemporánea impone un régimen de producción intelectual individual, aislado e hiperespecializado que solo considera lo colectivo si el esfuerzo y la coordinación derivados implican subsidios, becas o planes de movilidad e intercambio. El encuentro venezolano, en cambio, demuestra que es posible avanzar con la puesta en crisis de paradigmas caducos a través de un intercambio intelectual vivo y polémico, que convoca y a la par elabora. La segunda lección que se puede rescatar es la necesidad de explicitar las posiciones teóricas y metodológicas en las que se enmarcan nuestro trabajo, así como también enunciar con claridad posiciones ante temas y problemas centrales en nuestro campo de estudio. Evitar hacerlo implica colaborar con agendas que no son propias o

recaer en gestos de silenciamiento y marginación cultural, dos operaciones contra las cuales el pensamiento latinoamericanista se debate desde hace décadas.

Volver a las reuniones de Caracas implica, en suma, detenerse en una escena clave de nuestra historia intelectual para comprender y transformar la escena de los estudios literarios contemporáneos, que lidian con similares conflictos y dilemas, pero sumidos en una crisis civilizatoria aún mayor. Tanto la necesidad de diseñar nuestra historia a partir de nuestras propias preocupaciones como la urgente atención por las voces y las experiencias de los sectores sociales marginados prevalecen como imperativos críticos y culturales para una crítica latinoamericana atenta a la realidad y el devenir de las sociedades a partir de las cuales enuncia, opera y se constituye.

Referencias

- Candido, A. y Rama, Á. (2016). *Un proyecto latinoamericano. Antonio Candido y Ángel Rama, correspondencia*. Edición e introducción de Pablo Rocca. Estuario Editora.
- Cortazzo, U. (1999). Fronteras latinas de América: límites de una utopía integradora. *Cuaderno de Letras*, 7, 25-34
- Gutiérrez Girardot, R. (1987). Revisión de la historiografía literaria latinoamericana. En A. Pizarro (ed.). *La literatura latinoamericana como proceso* (pp. 79-100). Centro Editor de América Latina.
- Maíz, C. (2013). Entrevista con Ana Pizarro: Las redes de la crítica literaria y la gestación del proyecto de una historia de la literatura latinoamericana. *Cuadernos del CILHA*, 14(18), 167-180.
- Meregalli, F. (1987). La perspectiva comparatista. En A. Pizarro (ed.). *La literatura latinoamericana como proceso* (pp. 53-75). Centro Editor de América Latina.
- Miliani, D. (1987). Historiografía literaria latinoamericana. Más allá del inventario y de la anécdota. La historia posible. En A. Pizarro (ed.). *La literatura latinoamericana como proceso* (101-119). Centro Editor de América Latina.
- Patiño, R. (2006). Debates teóricos en torno a la literatura latinoamericana: el surgimiento de un nuevo proyecto crítico (1975-1985). *Orbis Tertius*, 11(12). http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.206/pr.206.pdf
- Perus, F. (2019). *Transculturaciones en el aire (en torno a la cuestión de la forma artística en la crítica de la narrativa hispanoamericana)*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Pizarro, A. (ed.) (1985). *La literatura latinoamericana como proceso*. Centro Editor de América Latina.
- Pizarro, A. (ed.) (1987). *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. El Colegio de México-Universidad Simón Bolívar.
- Pizarro, A. (ed.) (1993-1995). *América Latina: palabra, literatura e cultura*. Tres volúmenes. San Pablo: Memorial de América Latina, Editora de Unicamp.

Rama, Á. (2008). Prólogo. *La novela en América Latina. Panoramas 1920-1980* (pp. 17-27). Universidad Alberto Hurtado.

Remak, H. (25 de marzo de 1980). Carta a Ángel Rama. Copia mecanografiada. Archivo Ángel Rama, Caja 31, carpeta 4.